

7-3 Cuadernos con impreso

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

DIRECTOR: JOSÉ ORTEGA MUNILLA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
MESONERO ROMANOS, NÚM. 31

5 DE FEBRERO DE 1894

PRECIO DE ESTE NÚMERO  
10 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA



**EL CARNAVAL EN MADRID**

Ayuntamiento de Madrid



# OMNIA VINCIT...

Esteban llevaba con buen ánimo, hasta con regocijo, el peso de sus votos. Era de los pocos sacerdotes que ya ingresan en los Seminarios por pura vocación; pues si hoy el clero tiene mejores costumbres que antaño, y es más culto, no cabe duda que el gran impulso religioso va extinguiéndose, y escaseando las vocaciones decididas y entusiastas.

La de Esteban debe contarse en este número. Así que se vió investido del privilegio de sostener entre sus manos el cuerpo de Cristo, que por la fuerza de unas palabras pronunciadas con trémula voz descendía desde las alturas del cielo, Esteban quiso ser digno de tal honor, y entregándose a la mortificación y a la piedad, gozó la fruición del sacrificio, el deleite de renunciar a todo con abnegación suprema, y pisotear bienes, mundanas alegrías, efímeras felicidades, mentiras de la carne y de la imaginación, por una verdad, pero tan grande, que sólo ella puede llenar nuestro vacío.

Al ordenarse, no había pensado Esteban ni un momento en pingües curatos, en prebendas descansadas, en capellanías aparatosas; la mitra no brillaba en sus sueños, ni vió refulgir sobre su dedo, cual mística violeta, la amatista pastoral. Lo que ansiaba era, por el contrario, una función útil y oscura: sus propósitos consistían en fundar, con sus bienes y con lo que juntase implorando aquí y allí (en la humillación estaría el mérito precisamente), alguna institución de beneficencia, un hospital, un asilo, un sanatorio, un refugio para el dolor. Esteban, que era valiente y, sin querer, cifraba su orgullo en cultivar esta virtud varonil, tenía determinado que los infelices recogidos en su instituto fuesen enfermos de mal horrible, repugnante y contagioso, como lepra ó cáncer; al consultarse y medir sus fuerzas, sólo recelaba que le hicieran traición cuando más las necesitase; que al llamar por el heroísmo, el heroísmo desapareciese como manantial sorbido por la arena.

Para ensayar y probar sus bríos, Esteban buscaba ocasiones de instalarse a la cabecera de los que padecían enfermedades repulsivas, y les asistía con ternura y celo incansable, cerciorándose de que la voluntad se impone a los sentidos, y las leyendas de milagros donde se refiere que las pústulas pueden convertirse en rosas y despedir fragancia celestial, no son más que bello símbolo de la misteriosa transformación que la caridad realiza extrayendo aromas de la fetidez, como extrae perlas de las lágrimas...

Una tarde avisaron a Esteban de que un enfermo grave, un mendigo, reclamaba su asistencia. Vivía el enfermo en calle azaz extraviada: Esteban le encontró ya en trance tan angustioso y con tales bascas y agonías, que vió cercano su fin; en efecto, a la una de la madrugada el moribundo, volviéndose hacia la pared, exhalaba el último aliento. Cerrado que hubo los ojos al cadáver, Esteban salió para descansar algo y regresar, así que amaneciese, con mortaja, velas, dinero para la caja: lo indispensable, que faltaba allí por ser la miseria mucha.

La una de la madrugada es hora intempestiva para un sacerdote, y Esteban, al encontrarse en la calle silenciosa, experimentó una impresión desagradable, una crispación de nervios. Un gato negro, famélico, que sin duda mero deaba rebuscando piltrafas y mendrugos entre los montones de basura, pasó rozándole los manteos, y Esteban se estremeció al entrever la silueta embrujada del animal.

Casi al mismo tiempo, al revolver de la esquina, destacóse un bulto de la penumbra de una puerta entreabierta sobre un portal angosto y sombrío. Era una mujer que vestía el uniforme del vicio callejero: el pañolito de seda echado a la frente, medio encubriendo los caracoles de los ricillos, y el pañolón de lana color café, estrechamente ceñido al cuerpo y subido a la altura de la boca con la palma de la mano. Inoble tufarada de polvos de arroz baratos y esencias de violento almizcle se exhalaba de aquella criatura, y a la luz amarilla del farol relucía el colorete de sus labios, el albayalde de sus mejillas, y sus ojos, torpemente agrandados con tiznones. Rápida y procaz, la moza se acercó al sacerdote y le cogió de la manga, articulando descarado requiebro. Sintió Esteban la misma impresión que si le tocara un reptil; echóse atrás, y con ojos que abofeteaban, lanzó a la mujer una mirada llena de inmenso desprecio, de asco invencible, mientras sus labios, en voz que escupía, pronunciaban una frase durísima, brutal. La mujer soltó la manga y el sacerdote siguió su camino.

Apenas hubo andado cien pasos, notó extraño desasosiego, peso en el corazón, algo que pudiera llamarse remordimiento de conciencia. Advertía un descontento de sí propio, tan grave y profundo, que le ahogaba. La imagen de la mujer se le aparecía nuevamente; pero en vez

de sonreír provocando, tenía los ojos preñados de lágrimas y el rostro enrojecido por la vergüenza. La representación de la pecadora fué tan viva, que Esteban creyó sentir su aliento y su gemido muy cerca del rostro. Se detuvo, vaciló, se pasó la mano por la frente, y al fin, volviendo atrás, desanduvo lo andado, y en la esquina, delante del portal lóbrego y miserable, vió a la del pañolón en la misma actitud de acecho. Si, allí estaba; pero en vez de llamar a Esteban como antes, al divisarle se hizo a un lado, quiso esconderse. El sacerdote se acercó; la mujer retrocedía más y más, incrustándose en las tinieblas del sospechoso y mal oliente portal, y alzando el mantón para encubrir el rostro. Cuando se convenció de que Esteban se aproximaba adrede, la mujer, algo ronca, exclamó de un modo enérgico:

—¡Con cualquiera y no con Ud!

Titubeó Esteban dos segundos. Al fin, viniendo un nuevo impulso de horror, dijo balbuciente y cruzando las manos:

—Se equivoca Ud., hermana... Si he dado la vuelta es porque la traté a Ud. muy mal... y la quiero pedir perdón. He insultado a Ud. antes; me arrepiento... Perdóname; se lo suplico.

Ella le miró recelosa y atónita, y él, entretanto, la examinaba a su vez. Representaba la sin ventura de treinta a treinta y cinco años: escualida y marchita bajo los afeites que la embadurnaban, su boca enjuta, sus ojos febriles, su hálito fatigoso, delataban la mala salud, tal vez el hambre. En su cara revelábase tedio y cansancio; en su actitud la humildad insolente del ser a quien todos tienen fuero para pisotear. Una ola de lástima se derramó por el alma de Esteban; lleno de unción, tomó sin falsos pudores la diestra calenturienta de la mujer, y murmuró amorosamente:

—Hermana, si me perdona, hágame un favor. Vengase a mi casa. No esté Ud. ni un minuto más en esta calle, ni vuelva a subir ahí.

Indecisa aún sobre las verdaderas intenciones de Esteban, fluctuando entre el asombro y la desconfianza, la mujer aceptó; vencida por la benignidad con que se expresaba aquel sacerdote joven, de rígidas líneas, de faz macilenta. Hay en la cortesía de los modales y en la suavidad de la voz algo que se impone a la gente plebeya y tosca. La meretriz echó a andar, y fué una singular pareja la que hacían, por las desiertas calles, el ministro de Dios y la vulgar cortesana, silenciosos, midiendo el paso, sordos a los comentarios de algún maldiciente; porque ni la caridad entiende de escrúpulos, ni de recato la infamia.

A la puerta de su vivienda, Esteban se detuvo, y sacando un llavín se lo entregó a la mujer.

—Entre Ud.—la dijo:—hay fuego, luz, cena y cama, todo preparado para cuando yo llegase. Calientese Ud., coma, acuéstese, duerma... pero antes de acostarse, recé, si es que sabe, un Ave Maria. Mañana nos veremos. Hasta mañana.

—Se rezar, no se crea Ud.—contestó la mujer; é hizo muestra de arrodillarse si Esteban lo consintiese.

No preguntó más. Había comprendido, por fin. ¿Comprendido? No, adivinado; que la mujer del pueblo no necesita reflexionar; se asimila instantáneamente las acciones generosas y los grandes movimientos del corazón. Subió sin temor; devoró la frugal cena; se agazapó en la estrecha camita de hierro... y al ver a la cabecera una escultura de la Virgen, ante la cual parpadeaba un lamparín de aceite, rezó con fe absoluta—así rezan los pecadores creyentes.

Esteban pasó la noche en la calle. Fué una noche venturosa, la noche de bodas de un espíritu. Embriaguez divina, inefable exaltación le impedían sentir ni el frío, ni el sueño, ni el desfallecimiento del estómago. Como el caballero andante que vela sus armas antes de salir a buscar gloriosas aventuras; como el enamorado que ronda los balcones de la amada, no estaba siquiera que tenía cuerpo, y que ese cuerpo de barro reclamaba lo suyo. Allí arriba, en la propia casa de Esteban, estaba el ideal, el objeto de su vida, la razón de su ser. Lo había visto a la breve luz del relámpago que deslumbró a San Pablo, de la estrella que guió a los Reyes de Oriente. Era el llamamiento, la voz, la señal de arriba, la iluminación, la revelación.

¿Qué vale asistir a los enfermos y llagados del cuerpo? El vicio hiede más que la lepra y tiene más raíces que el pólip; y luchar con el vicio que repugna, con el vicio que provoca en el alma la náusea del asco y el hervor amargo del menosprecio, eso es lo meritorio, eso es lo que no hará el enfermero laico, tal vez impio, y sólo puede hacer el Nazareno, de quien es figura y ministro el sacerdote...

Esteban fundó un Asilo de penitencia y redención. Hoy el Asilo, ha caído en manos frías y mercenarias; pero mientras vivió el fundador y pudo incendiarlo con su caridad, el Asilo obró maravillas. Creed que ningún des-

teño de amor se pierde; creed que no hay mármol que no ablande el amor.

Emilia PARDO BAZÁN.

## MADRID

BALART.

Más de cinco años han pasado desde aquella tarde, y todavía la recuerdo como si hubiese sido la de ayer.

Acababa el que está escribiendo encargarse de la dirección de *Los Madriles*, revista semanal, cuyo primer número debía ser publicado el 6 de Octubre de 1888; *Los Madriles* había de llevar siempre en primera plana la caricatura de una celebridad contemporánea, sin distinción de nacionalidades, y llevábamos ocho días pensando cuál habría de ser la primera el caricaturista Angel Pons, encargado de hacerla, y yo, sin atinar con la tal celebridad inaugural, aunque parecía mentira en un país lleno de celebridades de todo género.

Al fin, registrando en el fondo de mis recuerdos, muy poco antes de la salida del primer número de *Los Madriles*, de la oscuridad de las cosas salió un nombre: Federico Balart.

Nadie se acordaba ya de Balart por entonces, entre otras razones, porque aquel hombre se había desterrado voluntariamente del ruidoso mundo de la publicidad para llorar, hoscó y triste, un dolor íntimo, y nadie tenía valor para llamar en la puerta del hogar silencioso y vacío donde Balart sostenía a solas el culto de una muerta, dejando de la parte de afuera una obra crítica admirable, que servía de pedestal a un nombre sólidamente asentado sobre ella.

Cuanto admiraba yo a Balart lo dice el empeño que puse y el valor que necesité para ir a turbar su voluntario apartamiento con la vulgar petición de un retrato para hacer con él una caricatura. La primera dificultad con que Pons y yo tropezamos fué averiguar dónde vivía, en lo cual empleamos dos días lo menos, hasta que por verdadera casualidad supimos que el crítico insigne residía en la calle de la Princesa, y allá fuimos al caer de una tarde de Octubre. Temiendo que Balart se negase a la exhibición que de él pretenderíamos, iba Pons armado de lápiz y provisto de cartera, con el propósito de tomar, si era posible, sin que Balart se percatase de la traición, un rápido perfil que consintiese luego una caricatura parecida.

Llamamos, y acudió a abrirnos la puerta una gentil y vivarachita nena, nieta del crítico, según luego supimos, la cual nos hizo pasar con graciosa desenvoltura a una modesta salita con balcón a la calle de la Princesa, haciéndonos sentar en tanto que avisaba a su abuelo.

Confieso que Pons y yo esperamos con cierta zozobra la aparición de aquel señor a quien espiritualmente nos sabíamos de memoria, pero que nos era, personalmente, absolutamente desconocido, esperando yo que, como siempre, la realidad no correspondiera a la fisonomía que de Balart me había hecho yo con los ojos de la imaginación. Y así fué: el Balart que minutos después entraba en la sala no era *mi Balart*, sino otro.

Este otro—el verdadero—nos acogió con castellana llaneza, y hasta llevó la exageración de su amabilidad de amo de casa hasta el extremo de asegurarme que había leído *mis obras* y que le era, literariamente, familiar mi nombre, lo cual agradecí como exquisito perfil de cortesía, reservándome modestamente no creer en aquel hecho estupendo, después de lo cual expuse, lo más elocuentemente que pude, la pretensión que nos llevaba, pidiendo perdón por ser nosotros quien éramos para intentar sacar de nuevo a la calle el nombre del que había hecho voto de silencio hacía tantos años.

Yo no he olvidado—ni tampoco habrá olvidado Angel Pons—el tono tranquilamente melancólico con que Balart contestó a la petición del retrato. A trozos un poco descoídos nos dijo que nada tenía que hacer ya en literatura; que su resolución de no escribir más era tan firme y tan honda como la causa que a ello le había empujado; que nombres muy principales en la literatura no habían logrado sacarle de allí, y que, aunque quisiera, de tal modo el instrumento de que se había valido estaba herrumbroso, que no serviría si él tuviera ánimo para sacarle del rincón en que lo había dejado.

Aquello era muy sincero, pero dicho al mismo tiempo con tanta bondad, que aun después de dicho me atreví a preguntar si ni aun para él solo sentía la tentación de escribir alguna vez.

—Para mí... sí; para mí he hecho algunos versos, pocos, pero no son publicables.

\*\*\*



¡Versos Balart! ¡Balart poeta! Creo que Pons y yo, en aquel momento, fuimos de los primeros en enterarnos de novedad semejante, y con tal fuerza nos azuzó la curiosidad, que con indiscreción que, hoy me parece enorme, le pedimos una composición para la futura revista.

Entonces Balart se negó ya en redondo. Aquellos versos no estaban destinados á la publicidad, eran *cosas suyas*, muy íntimas, que él temía que parecieran chocantes al vulgo no enterado del sentimiento de que habían brotado. Anochece casi; uno de esos fines de día otoñales de Madrid, llenos de melancolía austera, que entraba en la salita casi oscura por el balcón junto al cual estábamos. La luz escasa, difusa, muerta, daba en la blanca barba y en la nevada cabeza de Balart, el cual, para probarnos que sus versos sólo podían gustarle á él, empezó á recitar unos que empezaban así:

*Guardo en un sencillo armario,  
Que con tu nombre sellé...*

Cuando llegó al fin callamos como la muerta para quien se habían escrito. Nos hubiera parecido una profanación expresar nuestra admiración con una frase vulgar y corriente.

Balart no echó de menos el obligado elogio, y para que nos convenciéramos de que cuantos versos había escrito sobre aquel doliente tema vibraban de igual modo, empezó otros:

*Llevo en un relicario colgado al cuello  
Tu retrato y un rizo de tu cabello,  
Y, sobre esas reliquias de mis amores,  
La imagen de la virgen de los Dolores...*

Balart diciendo, y escuchando nosotros, vino la noche. Entonces, y con sinceridad que hoy, cinco años después, celebro haber empleado, rogué humildemente á Balart me dejara publicar aquellos versos admirables, á lo cual se negó tenazmente, pero conseguimos autorización para que *Los Madriles* empezara por la suya la colección de caricaturas contemporáneas, teniendo la fortuna de ser la que aquella vez hizo Pons, la mejor de cuantas después se dibujaron del autor de *Dolores*.

\*\*\*

Sobre mi mesa está este libro, *Dolores*, muy traído y llevado ya en fuerza de haber sido leído ávidamente por mí y por cuantos me rodean, y él me trae á la memoria aquella tarde de Octubre de 1888, y con el recuerdo, la vanidosa creencia de atribuirme en modestísima parte la vuelta de Balart á las letras.

En *Dolores* he encontrado los versos que Pons y yo oímos recitar con el estremecimiento característico de la emoción estética hace cinco años, mas otros que después ha forjado este poeta tiernísimo y sincero.

Todo en el tomo habla de un solo sentimiento; á una sola hondísima y melancólica melodía se ajustan sus canciones; al modo con que en las paredes de los conventos arruinados se pega el muérdago húmedo y trepa el jaramago triste como sudario de cosas muertas, del libro exuda la pena sincera y sin artificio del enamorado viudo; puede decirse que *Dolores* es un sepulcro como esos que se ven en los camposantos de aldea al borde del camino, limpio y cuidado, desnudo de quincallería fúnebre, rodeado de flores frescas que el alma solitaria va á renovar todos los días, sin rótulos vanidosos, con un nombre y una fecha, no escritos para el viandante curioso que pasa, sino para el devoto triste que va todos los días á hablar con el espíritu de la que fué y no volverá á ser sino en esferas más serenas y permanentes que esta misera que nos llega á todos.

Federico URRECHA.

## VARIAS POESÍAS

### Compañía.

De ir solos por la vida nos quejamos  
A la contraria suerte:  
Y solos nunca vamos;  
Que mientras por la vida caminamos,  
Siguiendo nuestros pasos va la muerte.

### Enequias.

Si el cielo, de noche,  
Me paro á mirar,  
Tantas luces y tanto silencio  
Me dan que pensar;

Y, al ver cómo callan  
Tierra, viento y mar,  
Me parece que el mundo es un muerto  
Que van á enterrar.

### Cuatro tablas.

Lujosa ó pobre, ligera ó grave,  
Desde que naces hasta que mueres,  
De cuatro tablas consta la nave  
Donde te embarcas sin inquietud:  
Una es el timbre de tus honores,  
Otra es la mesa de tus placeres,  
Otra es el lecho de tus amores,  
Y otra la tapa de tu ataúd.

### I. . . . .

Para Dios no hay eventos, no hay acasos:  
Antes que el giro de la azul esfera  
La eternidad á tiempo redujera,  
Contó mis horas y midió mis pasos.

El mal y el bien me brindan con sus vasos,  
Y esquivarlos en vano el alma espera,  
Que de mi vida la fatal carrera  
Mutaciones no admite ni retrasos.

Anterior á mi ser es mi destino;  
Tasadas mis acciones *ab eterno*;  
Fija la suerte, ineluctable el sino:

¡Y aun suponen que un Dios piadoso y tierno  
Puede abrir al final de mi camino  
La sima tenebrosa del infierno!

### Semper et ubique

De las estrellas blasfemé iracundo,  
Por blasfemar de Dios hasta en sus huellas;  
Y, huyendo de El y de ellas,  
Me arrojé á lo profundo;  
¡Y ahondé!... ¡y ahondé!...—Y, atravesando el mundo,  
Hallé sobre mi frente las estrellas!

Federico BALART.

## COMEDIA Y REALIDAD

En los pueblos, las noticias se extienden y propagan como el fuego por la pólvora; de manera, que apenas llegaron á Quijanes unos cómicos, hambrientos de pan y de gloria, se supo en toda la villa que iban á celebrarse funciones de teatro. El señorío de Quijanes, poco amigo del visiteo, necesitaba verse de vez en cuando. Las gentes principales de aquel lugarón, encastilladas siempre en sus domicilios; acudían al teatro para pasarse mutuamente revista. Allí, en la sala alumbrada por quinqués, se contemplaban frente á frente los aristócratas de la cabeza del partido judicial. Las mujeres con sus vestidos recargados de adornos y de cintajos, más que al escenario miraban á la concurrencia, exhibiendo las galas propias y analizando con ojos de envidia ó de burlona lástima las ajenas. Servían las veladas teatrales de expansión á la vanidad de los ricachones ó de los personajes tronados, los cuales, á falta de dinero, se pavoneaban con lo ilustre y rancio de su prosapia. Allí, en butacas y palcos, estaba la flor y nata de Quijanes; los mangoneadores de la política local, los señoritos herederos de casas vinculadoras, empobrecidas de todo, menos de alcurnia; en tanto que arriba, en la *casuela*, se estrujaban los pobretes, los rústicos que asistían de buena fe á la representación de la comedia, sin cuidarse para nada de la lucha que abajo, en el patio, mantenían unos contra otros los personajes más empingorotados del término municipal.

La compañía de cómicos fué muy bien recibida. Constituíanla, principalmente, dos familias. La del primer actor, esposo de la primera dama y padre de una damita joven, y la del barba, marido de la característica y padre del gracioso y de dos partes de por medio. Independiente estaba García, el galán joven, un buen mozo, de mirada lánguida, acostumbrado á inflamar los pechos de las espectadoras con sus arranques vehementes y sus actitudes exageradas.

El primer actor, Rejuela, tenía vocación para su oficio. Desdenaba las glorias de sus compañeros, aun de los

más notables, y refería enfáticamente sus relaciones con artistas muy principales, encumbrados—decía—por la gracia, no por el favor del público. Rejuela no envidió nunca ni á Calvo, ni á Vico, ni á Mario. Valía tanto como ellos, y en algunas obras mucho más. ¡Ah, si él hubiera querido contratarse en Madrid! Pero no quiso: le fastidiaba el público de Madrid; el arte se agostaba con el calor de las grandes ciudades; el verdadero arte era el suyo, el de Rejuela, histrión trashumante, que llevaba de pueblo en pueblo el verbo de la poesía, y paseaba de lugar en lugar sus sueños cuasi marchitos de gloria y sus hambres nunca satisfechas de dinero.

Me hice amigo de Rejuela. Era muy simpático; mentía, claro que mentía, muchas veces, hablando de sus triunfos y de su desprecio por las pompas y vanidades; pero sus mentiras no irritaban, al contrario. Al oírle decir ingenuamente que él era el mejor de los actores, sentía uno deseos de tener la misma opinión que el interesado. ¡Por qué fatalidad aquel Rejuela no era merecedor de toda la gloria que él generosamente se adjudicaba!

La esposa del director de la compañía se llamaba Manuela; era algo jamona, pero tenía unos ojos muy expresivos y unas carnes frescas y desarrolladas. En cuanto los pollos de Quijanes conocieron á la primera dama, empezaron á planear, cada cual por su cuenta, la conquista de la comedianta.

A los ensayos acudía mucha gente; casi toda por Manuela, que rezaba su papel en voz baja, con la vista fija en el suelo, como avergonzada de saber que todos aquellos que en la sala oscura del teatro estaban, acudían por ver á la actriz. Rejuela, siempre entusiasta por el arte, no quería reservas, y aun en los ensayos declamaba sus papeles con todo el fuego de que eran capaces sus órganos respiratorios, algo fatigados...

Entre los asiduos concurrentes á los ensayos y á las funciones, distinguíase Paco Melgares, el señorito más temible de Quijanes por su audacia, que no respetaba ocasión ni lugar. Apenas conoció Paco á Manuela, pensó en apuntarla en sus listas, llenas de nombres de mujeres seducidas. Paco era rico, ostentoso, dicharachero, alegre y además afortunado en sus empresas amorosas. Aquella que concibió contra la honra de Manuela parecióle fácil, y desde el primer día, sin grandes recatos ni miramientos, se propuso compartir con Rejuela la posesión de la hermosa actriz, objeto de infinitas codicias, sobre todo cuando aparecía en el escenario con trajes llamativos y con las facciones embellecidas por artes del tocador.

Pero el marido sorprendió al galanteador en sus tentativas, y Melgares, en vez de ceder prudentemente en sus propósitos, insistió con arrogante impertinencia. Manuela desdeñó desde el primer día las insinuaciones de Paco, y el pueblo entero comentaba los incidentes de aquel enredo que para muchos había terminado ya con grave detrimento de la honra del simpático cómico Rejuela.

Sucedió al fin lo que suele acontecer en lances parecidos. Encontráronse frente á frente el esposo y el que pretendía ofenderle. Era al caer de la tarde y en los alrededores de Quijanes, de alegre campiña que rodeaba al pueblo como un lago de quieta y verdosa superficie. En medio de un sendero paróse Rejuela, al cual yo acompañaba, mirando á Melgares y sin querer cederle el paso.

—Me han dicho—exclamó el cómico con cierto tono de clamatorio—que Ud. se permite juicios de mal género respecto de mi mujer.

—Señor mío; yo no me permito nada. Su mujer de usted me tiene sin cuidado, aunque otra cosa digan por ahí... No le pasa lo mismo á García, su compañero de usted...—Y después de aquel *ex-abrupto* echó á andar el gallardo Paco con cierto balanceo de jaque; satisfecho de haberse cobrado desdenes recientes.

Rejuela se quedó mirándome, desencajado, pálido, descompuesto. Había sufrido aquel insulto feroz sin arrebatarse; él, que por cosas más leves era capaz de morir ó de dar muerte, según las exigencias de los autores de los dramas. De pronto echó á correr el pobre marido; yo le seguí temeroso de alguna desgracia, y uno detrás de otro llegamos hasta la casa hospedaje de la compañía dramática. Rejuela empujó la puerta de su habitación y encontró en ella á la esposa en coloquio íntimo con García. Nuevo asombro, nuevas palideces, nueva y no prevista situación casi trágica.

García, el galán joven, olvidándose de sus bríos escénicos, echó á correr vulgarmente. El director de la compañía se encerró con su esposa, y yo me alejé de aquel sitio esperando el último acto, el desenlace de aquella obra tantas veces representada en el mundo...

Se anunciaba en los carteles *Un drama nuevo* para aquella noche. Manuela haría de *Alicia*; de *Yorik*, Rejuela y de *Edmundo*, García. Acudí á la función con cierta zozobra. La fatalidad había dispuesto las cosas de manera que los agravios reales podían vengarse por medio de la



# MASCARAS



LA ARISTOCRACIA DEL ARROYO



LA INFANCIA DORADA



EL REGOCIJO DEL CANAL



VERY SELECTED

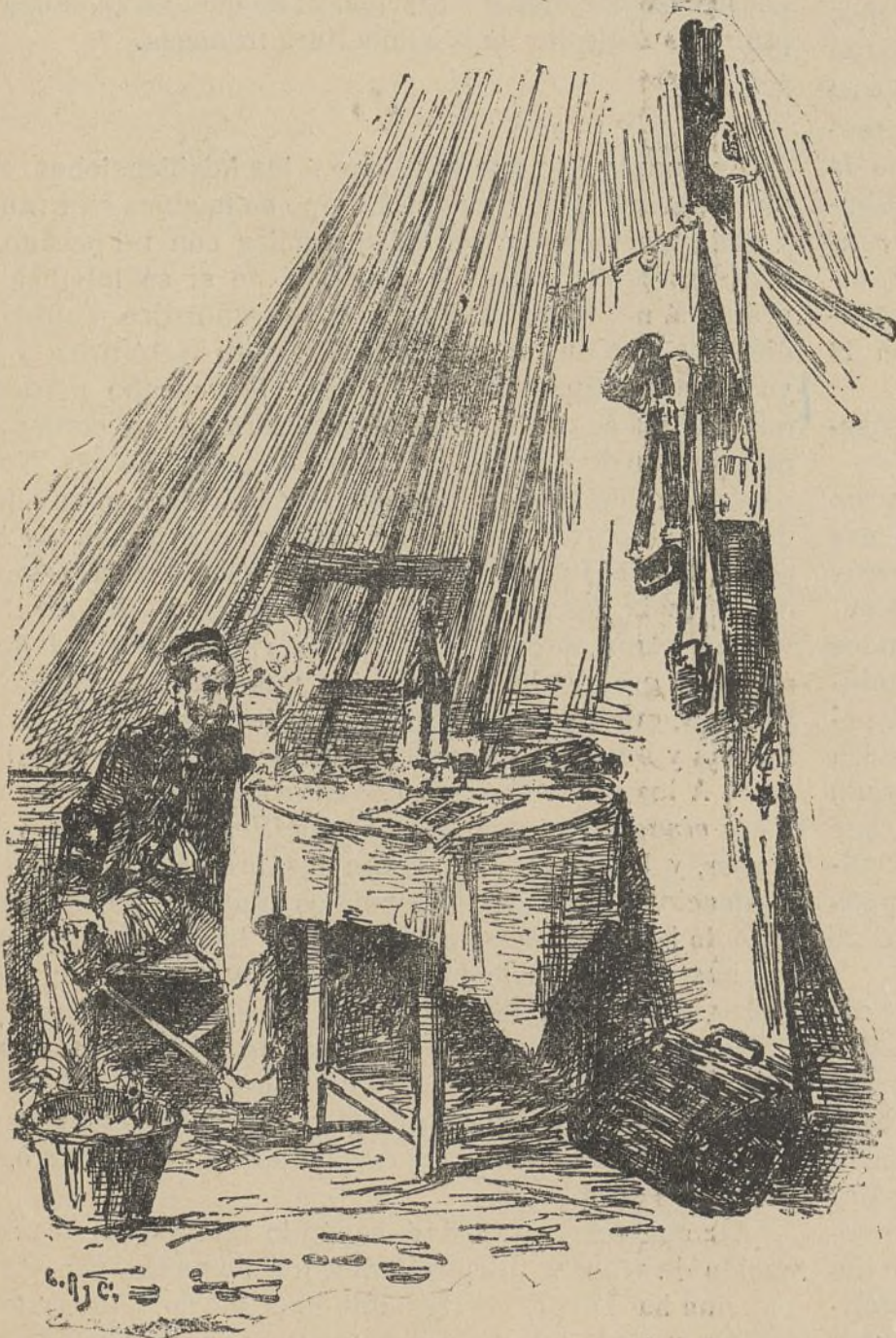


TODO EL AÑO ES CARNAVAL

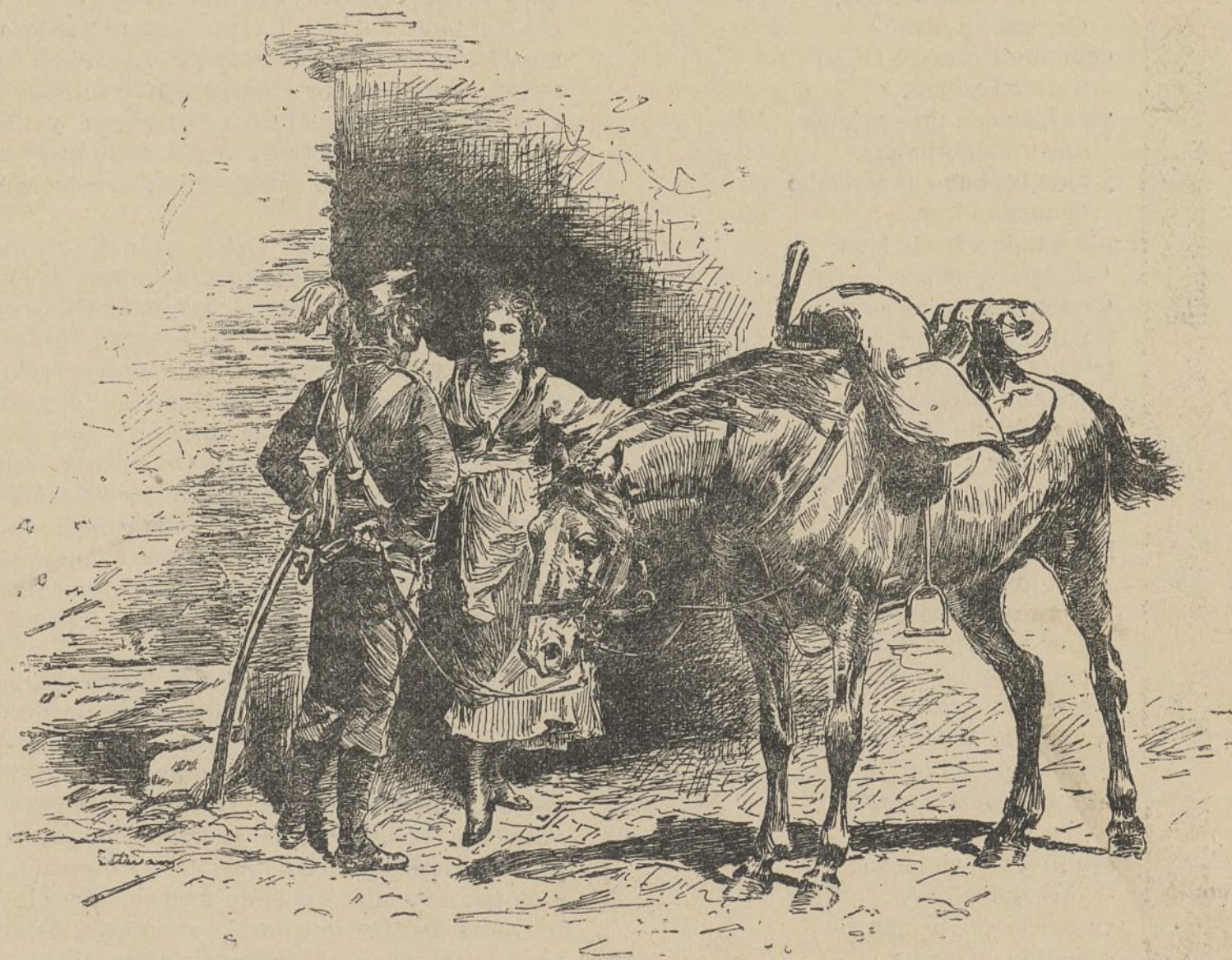




En la barra de Elanchove.—La tormenta del día 18.



En Mazagán.—Una tienda.



La paz armada.

Ayuntamiento de Madrid



ficción artística. Dudé al principio de que el espectáculo anunciado se verificase; pero pronto me convencí de que la representación se efectuaría. ¡Vamos á ver algo terrible aquella noche! ¡Rejuela, ofendido, iba á matar á García, su ofensor, y Manolita confesaría ante el público su crimen, el crimen de haber engañado á aquel artista que tanto la quería!

En los dos primeros actos comprendí que los cómicos estaban verdaderamente en situación, como suele decirse en la jerga de bastidores. Al llegar al tercero esperé una catástrofe efectiva. Intenciones tuve de avisar al señor alcalde, de confiar mis temores al juez. En cuanto Rejuela se viese con una espada frente á *Edmundo*, ¡pobre García! Iba á expiar su traición seguramente.

Llegó la escena final. *Yorik* cruzó su acero con el amante de su mujer; rodó *Edmundo*, habló *Shakspeare*, y al caer el telón los aplausos estruendosos resonaron en la sala. Al alzarse de nuevo la cortina vi á todos los cómicos en pie, cogidos de las manos, sonrientes, saludando al público que los celebraba.

Esperé á Rejuela á la puerta del teatro. ¿Qué atrocidad meditaría aquel hombre? Cuando le vi salir me asombró. Venía satisfecho, orgulloso, embriagado por los aplausos de los espectadores. — ¿Qué ovación, eh? ¡Qué ovación! — me dijo. Y después, con tono de ingenuidad, con cierto apresuramiento para concluir un asunto enojoso, añadió: — Lo de esta tarde lo he dejado. ¿Me iba yo á perder? Nunca. A mí los dramas me gustan en el teatro. En la calle y dentro de mi casa no me parecen bien.

J. FRANCO RODRÍGUEZ.

## Chispas

### MÁSCARAS

Don Silvestre Tarugo,  
paseante en Corte,  
que en lo moral es copia  
del rey Herodes,  
y en lo físico un plagio  
de don Quijote,  
harto de que las gentes  
con él se tomen,  
llamándole camarero  
y otros mil nombres,  
todos á cual más propios,  
y á cual peores,  
para engañar al mundo,  
que es ciego y torpe,  
se ha vestido de sabio...  
¡quién le conoce!

Doña Virtudes Verdes,  
que era ya joven  
cuando estrenó el *Edipo*  
Carlos Latorre,  
viéndose con más grietas  
que un alcornoque,  
y más barbas que un cabo  
de gastadores,  
por temor á las burlas  
de los repórters,  
á quienes aborrece  
por mil razones,  
pues la ponen en solfa  
cuando la ponen,  
se ha vestido de niña...  
¡quién la conoce!

El avaro don Frutos,  
que guarda en cofres  
las onzas de los ricos  
que dejó pobres,  
y patatas y berzas  
tan solo come,  
porque no le conviene  
nada que engorde,  
ni á sus hijos tampoco,  
ni á su consorte,  
según le previnieron  
varios doctores,  
va por la vez primera  
metido en coche,  
disfrazado de majo...  
¡quién le conoce!

Todos hoy se han propuesto  
mentir á escote,  
y del gusto á medida  
disfraz escogen.  
De agulla real se viste  
más de un sinsonte,  
más de un Bruto, de Cesar  
sin el *tu quoque*.  
Hay plétora de chulas,  
plaga de nobles,  
y de ángeles... caídos  
un gran derroche.  
Lucen muchas vestales  
sus pies enormes,  
y van *bebés* peludos  
pidiendo azotes.  
La virtud, la modestia,  
las ilusiones,  
la gloria de otros días,  
la fe de entonces,  
emigraron, sin duda,  
lejos del orbe,  
ó viven en la cárcel,  
ó han muerto á golpes,  
ó andarán disfrazadas  
como los hombres,  
y aunque vayan sin ropa...  
¿quién las conoce?

Manuel del PALACIO.

## VIENTOS QUE CORREN

### Observatorio de EL IMPARCIAL.

Llega EL IMPARCIAL á muchos miles de lugares donde viven cosecheros y comerciantes de vinos y obreros de viñas y diversidad de gentes interesadas en la producción y tráfico de este poderoso elemento de nuestra riqueza nacional. Vayan, pues, unos párrafos, con sus tragos correspondientes, en obsequio á la cuestión vinícola, ya que estamos en tiempos de guerra internacional contra el nunca bien ponderado zumo de nuestras uvas.

Un hecho que pudiera ser considerado siempre como una bendición del cielo, el de coger una cosecha inesperada y abundantísima, ha venido á convertirse en Francia en una calamidad. Ni más ni menos. Como si realmente hubiera llovido vino en las bodegas francesas, se encontraron durante el mes de Octubre con que en vez de 28 ó 32 millones de hectólitros que venían cosechando desde hace 15 años, recogieron 49 y pico de millones que, con otros 4 obtenidos en Argelia, y cerca de medio en Córcega, suman 54 millones de hectólitros de vino. «¿Qué felicidad!» exclamaron nuestros vecinos en el primer momento, para decir poco después, en cuanto se inició la baja de los precios: «¿Qué fatalidad! ¿Y qué vamos á hacer con tanto caldo?» La pródiga naturaleza había convertido, en efecto, la felicidad en fatalidad. En el año anterior, cuando se cosecharon sólo 30 millones de hectólitros, valió cada hectólitro á 20 francos, y ahora, con 19 millones más, no se paga arriba de 10 francos.

— ¡C'est le prix du cidre! — dicen desesperados los cosecheros.

Mal acostumbrados como están los franceses, y un tanto andaluces en sus exageraciones, claro es que ese precio les horripila. Pero aquí tenemos nosotros nuestros excelentes vinos de la Rioja de 12 á 14 grados, vendiéndose de 9 á 12 pesetas, y casi al mismo precio también los más altos en graduación de Huesca, Zaragoza y Cataluña. En cuanto al precio de la sidra, ¡ojalá valiera á 10 pesetas el hectólitro! A fines de Octubre se vendía la sidra en Asturias á 15 pesetas la pipa de 600 botellas, ó sean 450 litros, es decir, á dos céntimos y medio la botella, que al detall cobraban los vendedores á cinco céntimos, ganando un 100 por 100; precios que aumentaron después bastante para la exportación, pero sin pasar de 25 ó 28 pesetas pipa.

Ante la baja de los precios se insurreccionaron los cosecheros franceses, lanzando sus clamores desde el Herault y cuartel general de Montpellier, para que repercutieran en todas las comarcas de viñedo. Había que buscar un causante de tanta desgracia, y para encontrarlo volvieron, como siempre, en primer lugar, sus ojos á España, diciendo pestes de nosotros y demandando protección tan imposible, que de seguro, si se levantaran las barreras fiscales que forjó su fantasía, dejarían tamañitos á los Pirineos. Volviéronse á oír allí, en contra nuestra, las infundadas acusaciones de siempre: la de que les enviamos vinos alcoholizados á 15 grados; la de que les envenenamos con nuestras mixturas; la de que ganamos

mucho dinero con el estado de los cambios, y la de que nuestros caldos contienen mucho yeso, ácidos, sal y toda clase de sustancias nocivas. Tronaron y truenan también contra los depósitos comerciales de París-Bercy, asegurando que los tenemos monopolizados, y que con los vinos españoles encabezados de alta graduación cerramos aquel mercado á los suyos del Mediodía.

Acusaron también, con más justicia, á la elaboración de vinos artificiales como factor importante de su ruina, y es natural que conocidas así, al parecer, las causas de ella, pidieran la aplicación inmediata de los remedios más eficaces, y entre otros: el aumento de los derechos de aduanas, compensando con ellos la diferencia de los cambios; la supresión de los derechos de consumos en París; la desaparición del centro comercial París-Bercy; la guerra á las pasas; la prohibición de fabricar vinos artificiales; la anulación del privilegio á los destiladores, y el bautizo de los vinos españoles á su entrada en París, para que el límite alcohólico, que ahora es de 15,9 grados, se reduzca á 11,9 y puedan competir sus vinos con el aguachirle que resultaría.

Los que hacen guerra semejante á nuestros productos vinícolas, pidiendo una elevación de derechos aduaneros casi prohibitiva, se olvidan: de que nuestros vinos han ido allí pedidos con toda necesidad por los franceses, desde que la filoxera destrozó sus viñedos; y de que los precios de los vinos aumentaron proporcionalmente con el aumento de la importación, en términos que desde 1867 á 1876 en que por término medio importaron 365.000 hectólitros, el precio medio por hectólitro fué de 32 francos, y en cambio, cuando desde 1877 á 1886 se importaban 6.290.000, el precio fué de 42 francos. Si, como se ve, con la importación de los vinos extranjeros suben y se mantienen altos los precios ¿á qué pretender que éstos suban dificultando la importación? ¿Por qué si ésta, como suponen, hace bajar los precios, no rechazan la de los de Argelia que se ha elevado desde 2.000 hectólitros en 1877 á cerca de 4 millones en 1883? Además, ¿cómo ha de ser causa de su creciente desgracia la importación, si ésta va disminuyendo considerablemente? En 1891 enviamos á Francia 9.909.348 hectólitros de vino común, en 1892 solo 5.367.466, y en 1893 de seguro que habremos enviado poco más de 4 millones. ¿Para qué más derechos aduaneros si su importación se ha reducido ya á menos de la mitad? ¿Y por qué no enviamos ya tanto vino á Francia? Pues porque la producción allí va aumentando con la repoblación del viñedo.

En el Herault, por ejemplo, donde en 1883 sólo quedaban 47.000 hectáreas que producían 270.000 hectólitros, cuando la importación total era de 8.822.000 hectólitros, hay hoy plantadas 168.000 hectáreas que producen 7 millones de hectólitros. No tiene, pues, ninguna razón de ser, la acusación de que la excesiva concurrencia de nuestros vinos baje los precios, ni de que sea la causa de profundo malestar de la viticultura francesa.

\*\*\*

En cuanto á lo que se refiere á las falsificaciones, esta ya es harina de otro costal. El vino se falsifica en Francia y nada tenemos que ver los españoles con tal pecado, ni con semejante causa de ruina. Y de si se falsifica en grande ó no, responda París, cuya estadística municipal dice que sólo entran cuatro millones de hectólitros, y cuyo consumo aparece ser de diez. Por mucho matutero que por allí se estile, siempre resultará que se confeccionan, dentro de puertas, de cuatro á cinco millones. No es muy justo hablar de vinos españoles alcoholizados cuando es sabido que aquí los de primera y segunda de Alicante, los de Benicarló, los del Priorato, los de primera de Valencia, los de Vendrell, los de Vinaró, Riojas, Navarra y otros muchos, tienen una riqueza natural de 13 á 14 y 15 grados. La falsificación tomó tal incremento en Francia, que ya el paladar de mucha parte de las clases medias y bajas se ha acostumbrado á beber cualquiera cosa. A los racionales y sanos *coupages*, siguieron los nocivos *vinages*, los asquerosos *monillages*, *mutages* y *su-crages*, y luego se impusieron los brevaes con que se confeccionan los más estupendos matalotajes, desde el vino de heces, el de remolacha, el de higos y el de cebada, hasta los formados por vino común, campeche y vinagre, ó de pasas maceradas en clarete, bicarbonato de potasa, ácido tartárico y azúcar de trigo ó de sidra, aguardiente y goma kino, ó de azúcar, cremor, flor de sauco y agua; y menos mal si para conservarlos hasta que los despachen los incautos no les añaden bórax ó salicilato de sosa.

Algo decrece, es verdad, según la estadística, la fabricación de vinos artificiales entre los de pasas, por ejemplo, que ha bajado de tres millones de hectólitros á un millón, y entre los de azúcar; pero aun se confecciona muchísimo de contrabando, que es lo bastante para que se haga fuerte y ruinosa competencia á los naturales. Contra semejante azote es contra el que deben enderezar



sus iras los ultraproteccionistas. Valdráles más esto que buscar compensaciones contra los ilusorios beneficios que dicen que nos producen los cambios, porque como los vendedores españoles tienen que pagar en francos el importe de las aduanas, despachos, devolución de envases y fletes, queda reducida la ventaja del cambio a la tercera ó la cuarta parte de lo que parece; por lo cual, aun vendiendo ellos sus vinos en Francia á 10, 12 y 14 francos el hectólitro, aun pueden luchar en buen terreno con los nuestros. Y tan verdad es esto, que solo los que han podido enviar desde aquí clases superiores, se puede decir que han ganado dinero. Merecen conocerse las atinadas observaciones que acerca de estas cuestiones viene consignando en sus *Boletines* semanales nuestro compatriota el muy entendido director de la estación enotécnica de España en Cete, D. Antonio Blavia.

\*\*

La repoblación del viñedo francés hecha con una decisión admirable, no solo no ha podido reconstituirlo hasta producir la antigua cantidad de vinos, sino que no los da de tan buena calidad como los antiguos, y exige, en cambio, mayores trabajos y cuidados en el cultivo, en los abonos y en el tratamiento. El coste de producción en una superficie de tres hectáreas, por ejemplo, es, según las cuentas francesas, de 4.000 francos, y como por término medio obtienen 70 hectólitros de vino por hectárea, vemos que cada hectólitro cuesta 19 francos. Si se encuentran obligados á venderlo á 10, 12 ó 14 francos, el negocio resulta desastroso. De aquí el violento estado de alarma de los cosecheros en Francia. Pero demostrando queda que nuestros vinos no son causa de la depreciación, y que con la elevación aduanera no se corregirá ese mal. La mayoría de los vinos de Francia no pasan de tener una riqueza alcohólica de ocho á nueve grados, y para su buena venta en muchos puntos del mismo país, y sobre todo fuera del país, necesitan mezclarse con los nuestros para ganar en fuerza, color y otras propiedades esenciales. Mientras haya necesidad de realizar el *coupage* como la ciencia y la salud lo demandan, tendrá que ir el vino español á Francia, así se opondrán todas las legiones que acaudillan Meline, Turrel, Burdeau, Salis, Cot y demás jefes proteccionistas. Nada vale el querer cerrar las puertas á nuestros vinos, en tanto que las vides ingratas en americano produzcan vinos de ocho grados y de gusto á grosella.

El exceso de producción de la última cosecha, detalle pasajero, habrá sido una verdadera calamidad, causa positiva de la baja de los precios; pero la fabricación artificial, detalle permanente, será siempre el verdadero obstáculo para el consumo de los vinos naturales. Contra estos males nada pueden las aduanas. Ni las aduanas impedirán jamás el que la elaboración de los vinos en Francia necesite de los vinos de España. Ahora bien, aquí, si pudiera ser, debiéramos empeñarnos todos, el Gobierno y los particulares, en enseñar y aprender á mejorar nuestra elaboración, como bastantes cosecheros, verdaderos patriotas, lo hacen, aun á costa de largos sacrificios. Por ese camino podríamos resarcirnos, con el tiempo, de los daños que nuestros émulos en viticultura, pueden causarnos fuera de España. Entre tanto haga su pobre camino el ultraproteccionismo francés, tratando de matar nuestra exportación. ¡No le va mal! Desde 1891 al presente han disminuido sus importaciones en 831 millones de francos, y entre ellas la de las sustancias alimenticias en 538 millones; y la exportación ha bajado 760 millones y en ella 109 la de dichas sustancias. En los diez últimos meses de 1893 el resultado de los impuestos y productos indirectos acusaba una disminución de 27.605.700 francos; respecto á lo evaluado en el presupuesto, y un déficit de 20.502.100, comparado ese resultado con el del período idéntico del año anterior. ¡En avant! pues.

R. BECERRO DE BENGOA.

## EL CARNAVAL

(Testamento de un antifaz viejo).

He tenido una juventud azarosa, pero á ratos agradable; he cubierto muchos rostros de mujer bonita y bien oliente.

He escuchado cerca de mí al oído de esos rostros, muchas palabras dulces de hombres enamorados y muchas frases escabrosas de hombres de escaso cutis.

Han regado mi terciopelo en las orgías de los palcos con el champagne, y en el hervor de los celos he sentido alguna vez sobre mi bofetadas que iban derechas á la mejilla.

He ido luego descendiendo, como todo desciende en este mundo, y con la decadencia del Carnaval ha venido la mía. Del Real bajé á la Zarzuela, de la Zarzuela al Liceo Rius, y de éste al Canal.

Fueron en tiempos, mis antecesores, testigos de discreteos cultos en nuestras carnestolendas clásicas, de aventuras galantes y dramáticas en los famosos Carnavales de Roma y Venecia.

Uno de mis antepasados hizo el anónimo sobre el *Máscara de hierro*, y tal guardó su secreto que aun no ha podido penetrarlo la Historia.

Otro cubrió el rostro de Lucrecia Borgia, y presenció en memorable noche uno de los mayores triunfos dramáticos de Victor Hugo.

Pasaron aquellos días felices y vinieron los tristes, los lamentables que corremos.

El aspecto del Prado me ha descorazonado del todo y hecho perder la fe de que esta fiesta se regenere.

El número de los tontos que se disparan disminuye.

Quedan los mismos tontos, pero sin careta.

Por descender, he descendido hasta lo que van á oír:

Ultimamente ¡oh dolor! he servido para tapar, ya deslucido y mísero, la cara del moro de Ferreras, que existe (el moro), digan lo que quieran los termómetros.

Dejo, pues, el mundo, sin pena y voluntariamente, y en vista de que el Carnaval se parece á mí y no es ya ni sombra de lo que fué, me rindo, es decir, me descoso.

Para lo que hay que tapar...

## Alrededor del mundo

### SUMARIO

El azúcar y la fuerza muscular.—El gran fortaleciente.—Pruebas y revelaciones.—El nuevo club de señoras en Londres.—Nada de extravagancia.—La impresión que produjo la muerte de Napoleón I.—El eucalipto y la gripe.—Florecer antes de morir.

Desde el día en que los perros de Magendie se murieron de hambre después de haber estado sometidos treinta y dos días á la dieta azucarada; es decir, sin comer más que azúcar, la reputación fisiológica de esta sustancia como alimento había bajado mucho.

Pero estos días, el profesor Vaughan Harley ha hecho ante la Royal Society de Londres una revelación sorprendente.

El azúcar es el principal factor en la producción de la energía muscular—tal es el descubrimiento fisiológico.

El profesor ha demostrado experimentalmente que el consumo de grandes cantidades de azúcar en las comidas produce un aumento considerable de fuerzas y de resistencia para toda trabajo muscular. Estos experimentos han sido comprobados por medio del «ergógrafo», un instrumento en extremo ingenioso, que permite al fisiólogo hacer sus observaciones con tanta precisión como las hace el físico.

Ayunaron en absoluto durante veinticuatro horas varios hombres, no tomando más que agua; volvieron á ayunar otro día, pero tomando para aliviar el hambre 500 gramos de azúcar cada uno. Resultó, que este último día tardaron muchísimo más tiempo en sentir la fatiga y tenían de 61 á 76 por 100 más fuerzas que el día que no habían tomado azúcar.

Naturalmente, este experimento no tenía la fuerza necesaria para sentar una teoría y mucho menos una ley fisiológica. Así es, que se practicaron otros muchos de las clases más variadas.

La consecuencia de todos ellos ha sido dejar fuera de duda, que aun 200 gramos de azúcar añadidos á una comida ligera, elevan la fuerza y la resistencia muscular de 6 á 39 por 100, según los individuos; y que 250 gramos distribuidos en las comidas hechas durante ocho horas, ponen al hombre en disposición de hacer de 22 á 36 por 100 más trabajo que en circunstancias normales, y de resistir mucho más tiempo á la fatiga.

Aparte de la importancia científica y general de tan extraordinario descubrimiento, tienen los hechos revelados ante la doctísima Royal Society un interés muy especial en estos tiempos que atravesamos, en que el *record* es señor del día en todas las diversiones físicas.

El ciclista, el carrerista, el jugador de pelota, el tirador, pueden relegar al olvido el bovril, la embrocación, el alcohol, el champagne y la cafeína. Un paquete de azúcar es cuanto necesitan. Y científicamente no tendrá razón el público en reírse si mañana en vez de duros le tiran á la cancha á Pedrós ó á Sarasúa terrones de azúcar.

Londres cuenta desde hace pocos días con un Club de Señoras, no fantástico, sino real y efectivo.

Ha establecido sus reales en uno de los sitios más céntricos y más lujosos de la capital, en Regent Street, y se denomina *The tea and shopping Club*, ó sea «el Club del té y de compras.» Su principal objeto es servir de punto de reunión á las señoras que salen á compras: allí toman té, descansan, se encuentran con sus amigas, sin las formalidades, por lo general enojosas, de la visita; hablan, murmuran, etc. En fin, el club debe ser para las socias un pequeño paraíso.

Los hombres pueden entrar, pero sólo acompañando á una señora, y no más que hasta el primer piso; los salones del segundo forman el verdadero gineceo, y allí está severamente prohibida la entrada de los hombres.

Un artículo del reglamento dispone que no se den propinas á las camareras, y otro establece que éstas no puedan ser reprendidas por las socias, las cuales, siempre que observen una falta en el servicio, tendrán que dirigirse á la Junta y consignar su queja en un registro especial.

Aunque extravagante á primera vista, ese club de señoras es, después de todo, muy práctico, y llena una verdadera necesidad. En Madrid sería ridículo. No así en Londres, donde á causa de la extensión inmensa de aquella capital, las señoras tienen que alejarse, por lo general, varios kilómetros de sus casas para ir al West End, al centro del comercio de modas y telas.

\*

Napoleón I es el personaje á la moda hoy día en Francia; todo se vuelve historiadores del gran hombre bajo sus distintas fases, y los rebuscadores se esfuerzan principalmente por presentarle en su vida más íntima y por lo tanto menos conocida.

No ha habido siempre en Francia este mismo interés por Bonaparte. El *Intermédiaire des chercheurs*, ocupándose de la fiebre napoleónica actual, saca de las memorias inéditas de Climé Martin, el siguiente párrafo describiendo el efecto que produjo en el público de París la noticia de la muerte del Emperador:

«Bonaparte ha muerto. Esto se repite friamente y en seguida se empieza á hablar de otra cosa. He querido ver la impresión que la noticia producía en el público. Fui al Palais Royal, un vendedor de periódicos gritaba: «¡Esta es el relato de la muerte de Bonaparte!» Aquel grito que parecía deber emocionar á Europa no producía efecto alguno; la gente pasaba de largo, sin comprar un solo ejemplar del boletín. Entré en varios cafés: igual indiferencia, no había emoción alguna, apenas se hablaba del asunto. En un café mencionaron casualmente la noticia y á seguida se pusieron á discutir acaloradamente la ley de Censura sometida á las Cámaras, y de la cual nadie se acordará mañana... ¿Qué es la gloria?..»

¡Cualquiera entiende al público después de este recuerdo!

\*

Mientras la gripe se ceba sobre los madrileños, la *influenza*, su hermana, está haciendo estragos en Londres, San Petersburgo y otra porción de capitales.

El marqués de Salisbury, jefe de los conservadores ingleses, ha sido uno de los atacados, y su esposa se ha librado del contagio y ha librado de él á todos los individuos de la familia y de la servidumbre. El caso es raro y la marquesa lo atribuye á la precaución que tomó de colocar plantas de eucalipto en el cuarto del enfermo y en los dormitorios de la casa, y de dejarlos en ellos algunos días después del restablecimiento de lord Salisbury.

Valga por lo que valiere, cito el hecho.

\*

Si hemos de dar crédito á las estadísticas, el fenómeno de que los árboles florezcan fuera de estación es más común de lo que generalmente se cree.

Sólo que ese florecimiento extraordinario encierra una tragedia: es la más de las veces presagio de que el árbol va á morir.

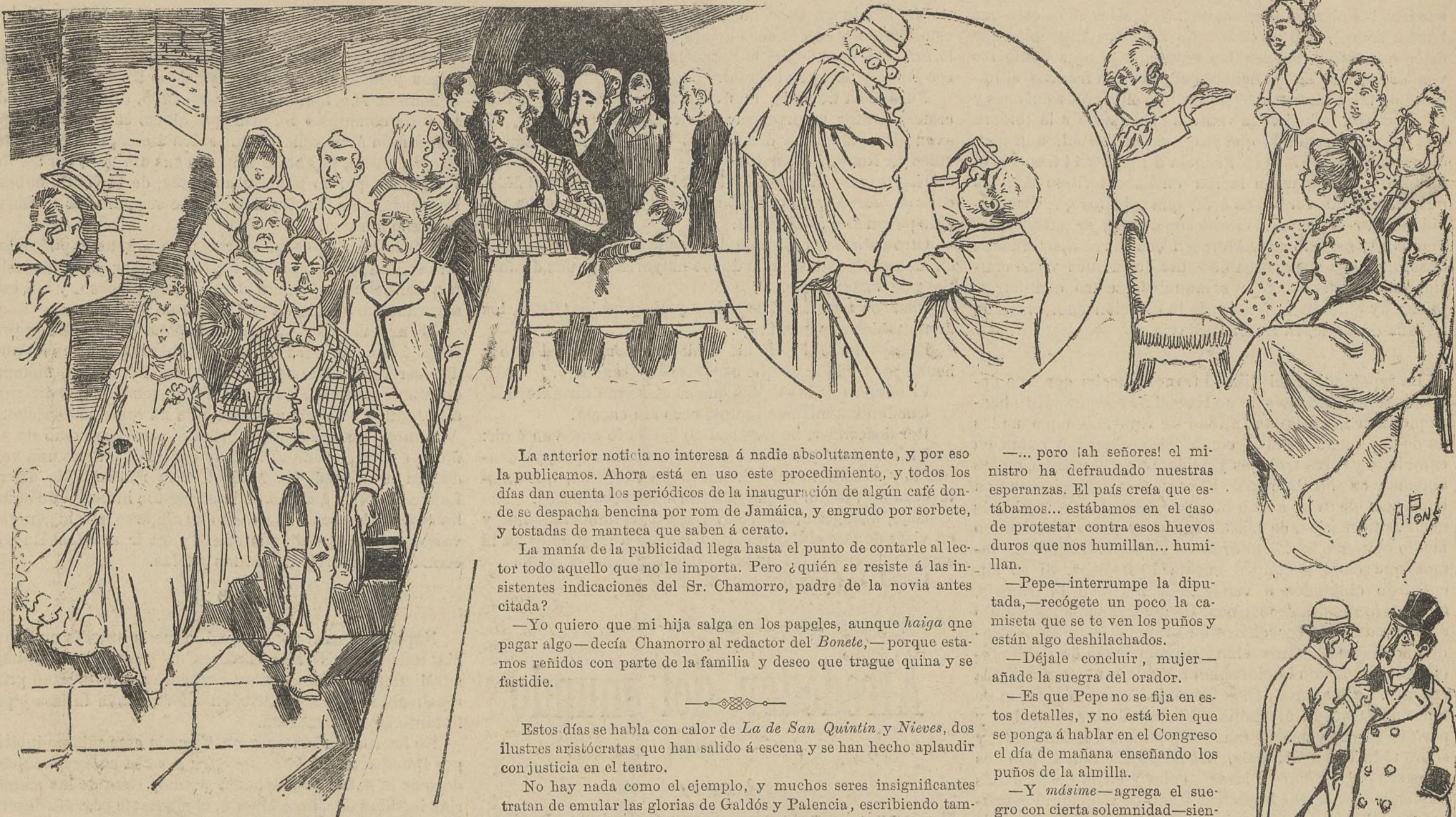
En América existe la bonita leyenda de que los árboles se cubren de flores cuando sienten acercarse el término de su existencia; y las observaciones hechas demuestran que la leyenda tiene por fundamento el hecho exacto de que los árboles que florecen fuera de tiempo son los débiles y los atacados por alguna enfermedad constitucional.

—«¡Como el árbol, que se cubre de flores para morir!»—Ya tienen otra imagen bonita de que echar mano los poetas.

WANDERER.

## Ayuntamiento de Madrid





## EN BROMA

La presencia del Carnaval ha coincidido con la boda de la elegante señorita de Chamorro, que ha unido su suerte á la del joven Constantino Palleiro, amanuense rápido de un conocido procurador y hombre político.

El acto tuvo efecto en la parroquia de San Juan de Dios, nueva en esta plaza, siendo madrina y padrino doña Carmen Soplete y su esposo, tíos de la novia y acreditados confiteros de la calle de Echegaray (antes Lobo!).

Entre los asistentes al acto figuraban muchas personas conocidas en el ramo de azucarillos, y un redactor de *El Bonete elegante*, periódico de modas eclesiásticas, del cual tomamos la noticia.

Los padres de la desposada, hoy retirados del comercio de merengues, obsequiarán á sus amigos con un espléndido *lunch* (agua, aguardiente, polvorones y magdalenas) en su elegante habitación sita en la plazuela del Biombo, 9, lechería. Los novios han salido para Colmenar Viejo en el coche que hace el servicio diario á dicha localidad.

La anterior noticia no interesa á nadie absolutamente, y por eso la publicamos. Ahora está en uso este procedimiento, y todos los días dan cuenta los periódicos de la inauguración de algún café donde se despacha bencina por rom de Jamaica, y engrudo por sorbete, y tostadas de manteca que saben á cerato.

La manía de la publicidad llega hasta el punto de contarle al lector todo aquello que no le importa. Pero ¿quién se resiste á las insistentes indicaciones del Sr. Chamorro, padre de la novia antes citada?

—Yo quiero que mi hija salga en los papeles, aunque *haga* que pagar algo—decía Chamorro al redactor del *Bonete*,—porque estamos reñidos con parte de la familia y deseo que trague quina y se fastidie.

Estos días se habla con calor de *La de San Quintín y Nieves*, dos ilustres aristócratas que han salido á escena y se han hecho aplaudir con justicia en el teatro.

No hay nada como el ejemplo, y muchos seres insignificantes tratan de emular las glorias de Galdós y Palencia, escribiendo también sus dramitas.

Hay quien no ha revelado en toda su larga vida el menor síntoma de inteligencia, y nos dice ahora con la mayor naturalidad del mundo:

—¿No sabe Ud. lo que estoy haciendo estos días?

—¿Algún mueble?

—Qué, no señor; un drama.

El afán de escribir para el público se va generalizando, á despecho de las musas, y estoy temiendo que el mejor día me pare en la escalera mi portero para decirme:

—Señorito; ¿conoce Ud. á Mario?

—¿Por qué me lo pregunta Ud?

—Porque tengo un drama, sacado de mi cabeza, y quisiera que me lo representaran la señorita Guerrero y el señor de Thuiller.

Los diputados se agitan ante la posibilidad de que se reúnan pronto las Cortes.

Conozco uno que ensaya una interpelación al ministro de Estado sobre los huevos duros remitidos por Muley Araaf á nuestro general en jefe; y todos los días, después de almorzar, reúne á su familia en el gabinete, y allí, delante de los respetables suegros y de la diputada consorte, pronuncia un discurso que arranca aplausos y excita la admiración de todos, incluyendo á la cocinera, que es de cerca de Guadalajara.

—... pero ¡ah señores! el ministro ha defraudado nuestras esperanzas. El país creía que estábamos... estábamos en el caso de protestar contra esos huevos duros que nos humillan... humillan.

—Pepe—interrumpe la diputada,—recógete un poco la camiseta que se te ven los puños y están algo deshilachados.

—Déjale concluir, mujer—añade la suegra del orador.

—Es que Pepe no se fija en estos detalles, y no está bien que se ponga á hablar en el Congreso el día de mañana enseñando los puños de la almilla.

—Y *másime*—agrega el suegro con cierta solemnidad—siendo como es diputado conservador, ú seáse representante de las clases pudientes.

Tomás Luceño, el autor de muchos y deliciosos sainetes, leyó días pasados en un periódico de la mañana un suelto que decía, entre otras cosas:

«... el autor de la música que hemos oído en Eslava, viene pegando.»

—¿Quiéres venir á Eslava?—preguntóle un amigo al día siguiente.

—¿A Eslava? ¡Dios me libre!—contestó Luceño.

—¿Por qué?

—¿Pero no has leído lo que dicen del músico? Es hombre que pega, y yo no estaría con tranquilidad en la butaca.

He ahí lo que consiguen algunos críticos: llevar la intranquilidad al seno de las personas honradas.

Luis TABOADA.

## DE AQUÍ Y DE ALLÁ

Durante la guerra de la Independencia, desde 19 de Octubre de 1807 á 30 de Abril de 1813, entraron en España, por Irún, 549.750 franceses, y salieron 238.178. Perecieron, por lo tanto, 311.572. Por la parte de Cataluña la pérdida se graduó en 160.000 hombres. De modo que aquella invasión costó á la Francia cerca de 400.000 vidas y el quebrantamiento del imperio de Napoleón.

La marina española era en el siglo XIV la dominadora de los mares. Las naves de Castilla, lo mismo que las de Aragón, tenían á raya á los piratas, y sostuvieron reñidos combates navales con turcos, genoveses, venecianos y portugueses. Hasta hubo expediciones marítimas contra Inglaterra, y por si esto no bastaba, se batían también las escuadras castellanas con las aragonesas. Hubo armadas de 128 buques, como la mandada por el almirante Bocanegra en 1359. Había galeras de dos y tres cubiertas, encastilladas y con 280 hombres armados, sin contar la tripulación marinera; ni la chusma de remeros. La llamada *San Clemente*, armada en Barcelona, llevaba 500 hombres de tripulación.

El progreso de la industria en Francia se debió principalmente al establecimiento de manufacturas por cuenta del Estado. En España, sin embargo, el mismo sistema no dió resultados. La fábrica de algodones de Avila, establecida en 1788, no produjo mas que pérdidas. En la de paños de Guadalajara se perdieron 5.805.748 reales vellón.

La de sederías de Talavera dió algún resultado cuando corrió por cuenta de particulares; pero creó un buen plantel de operarios que después han sido útiles para la industria particular. En la fábrica llamada de la China se han hecho buenas cosas; pero sin poder competir con la francesa de Sevres. Para que la de cristales de la Granja adquiriese desarrollo, se le dió el privilegio de la venta exclusiva en Madrid y 30 leguas en contorno; pero no se evitó el contrabando del extranjero, y se impidió el trabajo de la industria particular.

*Al freir de los huevos lo cereis.* No todos saben cuál fué el origen de este refrán. Bajaba un individuo por una escalera ostentando un bulto debajo de la capa.

—¿Qué lleva Vd. ahí?—preguntó un vecino que subía á su cuarto.

—Al freir de los huevos lo cereis—contestó el otro.

Era un ladrón que se llevaba la sartén del vecino.

Creencia general ha sido la de que Salomón de Cans murió demente en el hospital de Bicetre.

Es una fábula cuyo origen fué el siguiente:

Tenían los editores del *Museo de las familias* un grabado sobante que representaba un patio de locos visitado por el público. Encargaron á Berthont que para utilizarlo escribiera un artículo adecuado, y al célebre escritor le ocurrió suponer una visita de Marion Delorme, acompañada del duque de Worcester, quienes vieron un demente furioso que pretendía haber descubierto un medio de hacer andar los coches con agua hirviendo.

No fué necesario más para que la imaginación de las gentes convirtiera el personaje fantástico en histórico. Se pronunciaron discursos, se publicaron artículos, se pintaron cuadros con tal asunto, hasta que sosteniendo Ber-

thont una polémica con la *Democracia pacífica*, se confesó autor inconsciente del artículo novelesco publicado en el *Museo de las familias*.

La Inglaterra, á pesar de su ensalzada democracia, es la nación donde más abundan los títulos nobiliarios, y donde con más estricta rigidez se guardan las consideraciones, preeminencias y prerrogativas que corresponden á cada cual. Sin detallar por completo el orden de prelación de dignidades, citaremos las principales. Después de la familia real tienen derecho de precedencia el arzobispo de Cantorbery, y luego el lord canceller, el lord gran tesoro, el lord presidente del Consejo privado, el lord guardasellos, y después el lord gran chambelán, el lord gran codestable, el lord gran mariscal, el lord gran almirante, el lord superintendente de la casa real, los secretarios de Estado, etc., etc.

Hay, como en España, duques, marqueses, condes, barones y vizcondes.

El tratamiento de *Excelency* sólo se aplica á altos funcionarios. Los duques tienen el de *Grace*. Las comunicaciones é instancias al monarca se encabezan con las palabras benignísimo señor.

El apelativo *lord* es común á la alta nobleza.

El de *sir* es más que el de *mister*. Así, por ejemplo: *mister Richmon* pasa á ser *sir Richmon* cuando asciende en sus funciones.

La segunda nobleza se compone de *bannerets*, *baronets*, *batchellors*, *esquirys* y *gentlemans*.

MADRID.—1894

Cromotipia y fotografado de L. R. y C.<sup>a</sup>, S. Bernardo, 69.

Tirado en máquina cromotípica rotativa Marinoni.

TINTA LORILLEUX

Imprenta de EL IMPARCIAL á cargo de Angel Garetá.